

La Iglesia, Esposa de Cristo

**"El complejo antiromano" . Hans Urs von Baltasar
Introducción Capítulo V**

Tomémosle la palabra a San Agustín. Admitamos que el ministerio se sitúa y funda en la Iglesia verdaderamente santa, realmente inmaculada, auténticamente amartelada. Digamos que su puesto ancestral y hereditario está en esta esfera omnicomprendiva y envolvente del amor, aunque sería falsear por completo su naturaleza reducirla al simple «sacerdocio común de los fieles». En esta esfera es imposible reivindicar semejante puesto, porque, siendo la esfera del desinterés puro, de la entrega y docilidad, ni siquiera puede aflorar una «pretensión» ni encajar en modo alguno la función netamente masculina del ministerio.

Sin embargo, según el mismo San Agustín, el ministerio eclesiástico no se ubica en una esfera de segundo orden, puramente «estructural», porque Cristo lo instituyó con gesto característico dentro de la esfera suprema, a la que deberá representar eficazmente y administrar en beneficio de los fieles. Lógicamente, resulta inevitable la pregunta: ¿En qué consiste esta esfera suprema, que todo lo envuelve, que todo lo engloba y abarca?

La historia nos enseña que se trata de la esfera bíblica, presente en el Antiguo y Nuevo Testamento. El uso antiguo de pensar en imágenes, vigente entre los Padres y en la Edad Media, con ramificaciones que se prolongan hasta la época barroca, la presenta como la esfera de la femineidad, en términos de virgen, esposa y madre, mientras la esfera de los ministerios se distingue por su carácter específicamente masculino.

Queda por saber si esta idea conserva alguna vitalidad en nuestros días; si esta esfera envolvente, espontáneamente designada antaño con las palabras *Maria-Ecclesia*, que cada cual se asimilaba en una visión de conjunto, resiste o no a la inexorable erosión de las interrogantes teológicas. Parece que no quedan de ella sino cascotes en la conciencia de los cristianos modernos. ¡A cada cual examinar su propia experiencia y analizar las tres formas en que se presenta la femineidad! ¿Podemos hacer nuestro el ideal de una Iglesia

-en su calidad de mujer perfecta, de segunda Eva conforme al nuevo Adán, y más aún, salida del costado herido;

-en su calidad de virgen paradisiaca, que sigue virgen en su unión con Cristo y en la fecundidad que Cristo le confiere y «virginiza» espiritualmente a cuantos le pertenecen, como dice Orígenes según el Apocalipsis (14, 4);

-y en su calidad de madre prototipo y ejemplar original que gesta, pare y educa?

Los Padres de la Iglesia han meditado todos estos aspectos, los han contemplado al detalle y urdido en un simbolismo riquísimo. La cuestión es grave. Una Iglesia despojada de esta esfera envolvente corre el riesgo de una degradación automática, de degenerar en una Iglesia puramente sociológica o, al menos, de prestarse a situaciones de este género. El riesgo es mucho mayor que cuando prevalecía la visión antigua de la Iglesia «en el misterio». Mientras esta visión fue determinante, la esfera femenina más vasta destacó siempre el carácter relativo del elemento clerical, incluido el elemento central romano, que afirmó tan enérgicamente el aspecto oficial y clerical, sobre todo a partir de Gregorio VII.

Admitamos que contrabalancear a «Pedro» por *Maria-Ecclesia* es una empresa muy de la vida íntima de la Iglesia católica, por no hablar de la Iglesia ortodoxa. Las comunidades eclesiales de la Reforma la tomarán, sin duda, como tentativa de exorcizar al diablo con Belzebú. No sin malicia, desde luego, han advertido algunos protestantes la coincidencia, nada casual, de que son los mismos papas (Pío IX y Pío XII) quienes han insistido sobre el cometido de Pedro y el de María. Pero esto no debe ser motivo de turbación, pues lo importante por encima de todo es entender, en lo posible, a la Iglesia católica en toda su pureza y amplitud, tal como ella misma se ha entendido objetiva e históricamente *con razón*, sin tener en cuenta las ramas separadas y tal como todavía hoy debe entenderse.

Suponiendo que la imagen de la femineidad es el signo distintivo de la esfera envolvente que es la Iglesia, una cosa resulta evidente. Según la Biblia y en conformidad con la antropología general, el ser femenino es disposición a concebir por acción del varón y a actuar eficazmente sobre la persona concebida. Por tanto, la femineidad eclesial envolvente, como el ministerio masculino en ella anclado, tiende espontáneamente, más allá de sí, a la instancia que graciosamente otorga el don, Jesucristo, por cuya mediación se comunica la vida trinitaria a la Iglesia y a sus hijos.

Si la Iglesia se caracteriza en su conjunto por esta femineidad y si el ministerio masculino está originariamente anclado en *esta* esfera, se descartan de carambola dos peligros¹. Primero, el de transformarse en una realidad autosuficiente e introducirse como «etapa intermedia» entre Cristo y el creyente, en vez de permanecer, ante todo, seno abierto y enseñar al hombre a compartir su apertura. Segundo, el de yuxtaponer la paternidad del clero a la autoridad paternal de Dios, en vez de considerar el ejercicio de la autoridad puro servicio², mera transmisión de la única autoridad divina. Y si es cierto que el seno de la Iglesia recibe «una simiente no corruptible, sino incorruptible..., viva y permanente» (1 Pe 1,23), y la recibe por la propia voluntad de Dios, «por la palabra de la verdad» (Sant 1,18), entonces queda eliminada, tanto de la maternidad

¹ Ch. H. de Lubac, *Les Églises particulières dans l'Église universelle* (Aubier, 1971) 155-209; L. Bouyer, *L'Église de Dieu* (Cerf, 1970) 3317-318; Id., *Le Trône de la Sagesse, Essai sur la signification du culte marial* (Cerf, 1957) *passim*.

² *Lumen Gentium* c.3 n.24, con los textos del Nuevo Testamento sobre la "diaconía" ministerial.

envolvente de la Iglesia como del ministerio paternal en ella arraigado, toda pretensión de manipular la simiente de Dios, que es su Palabra y el Evangelio, como don recibido una vez por todas (1 Pe 1,25), y de administrarlo a capricho, en vez de acogerlo en constante apertura y docilidad.

El arraigo, en fin, del ministerio paternal en el seno maternal de la Iglesia³ está bien claro en la actitud de Pablo, que sabe perfectamente actuar en calidad de padre con las comunidades que ha engendrado por el Evangelio (1 Cor 4,15s), y a las que se dirige, como a hijos (2 Cor 6,13), con exhortaciones, ánimos y conjuros (1 Tes 2,10-12). El apóstol tachado de misógino, se sirve preferentemente de imágenes femeninas. Reclama el título de madre que «sufre los dolores de parto» (Gál 4,19) por sus hijos, «calienta en su seno a los que ha dado a luz..., y está dispuesto a darles su propia vida» (1 Tes 2,7-8).

Cuando Pablo opone el cometido de padre al de simple pedagogo, comprendemos que va mucho más allá de la mera imagen. En el ámbito del Evangelio, engendrar espiritualmente y dar a luz son realidades arraigadas en las honduras del misterio del nacimiento divino (Jn 1,13; 3,3-5; Sant 1,18; 1 Pe 1,3, 23-25; 1 Jn 3,9). Su eco repercute⁴ desde los primeros Padres de la Iglesia hasta la Edad Media, y con este eco se debe asociar íntimamente la imagen de la «madre Iglesia», que concibe, gesta, pare y cuida. «La Iglesia hace nacer todos los días a Cristo por la fe en los corazones de quienes la escuchan», nos dice Alberto Magno, siguiendo a innumerables autores⁵.

³ No queremos con esto aprobar la idea de Scheeben (*Die Mysterien des Christentums* [1865] § 79,524ss), que identifica la maternidad de la Iglesia con el sacerdocio ministerial.

⁴ Hugo Rahner, *Die Gottesgeburt. Die Lehre der Kirchenväter von der Geburt Christi im Herzen der Gläubigen*: Zeitschr. f. Kathol. Theol. 59 (1935) 333-418

⁵ In Apoc. 12, 5 (Borgnet, 38,656)